



Líneas de acción

Curso 2025-26

Vivir en la Verdad

1. Un nuevo Papa

Comenzamos el nuevo curso 2025-2026, con la novedad de la presencia de nuestro Papa León XIV. El fallecimiento del Papa Francisco y la elección del nuevo Sucesor de Pedro nos ha hecho más atentos, especialmente en aquellos días, a nuestra pertenencia a la Iglesia como realidad no solo local o particular, sino universal.

Y, al mismo tiempo, ha puesto ante nuestros ojos de nuevo la naturaleza peculiar de esta pertenencia, no referida sencillamente a una asociación de tipo religioso, fruto de la voluntad o la buena intención humana. El Sucesor de Pedro nos habla de Cristo y de sus discípulos, de la anterioridad de la Iglesia a todos nuestros planes, de su guía por el Espíritu Santo, como una comunión singular, cuya naturaleza y forma es un don de Dios y no está a nuestra disposición. Pertenecemos a una realidad nueva de gracia y de verdad, en la que hemos sido injertados por el bautismo, uniéndonos así a Cristo, que se ha entregado por nosotros y nos ha dado compartir plenamente su Espíritu de amor, su vida y su destino.

No se trata de afirmaciones novedosas. Toda nuestra experiencia cristiana nos ha introducido en esta Iglesia de fundamento apostólico, que hemos conocido en nuestras parroquias y en nuestra Diócesis como una realidad ya dada, que camina en la historia desde antiguo y antecede a cada uno de nosotros. Hemos vivido siempre nuestras comunidades concretas, con sus límites evidentes y su riqueza singular, como un lugar en que recibimos el don inmenso de la unión con Dios y con los hermanos; precisamente porque no se fundaban ni estaban cerradas sobre sí mismas, sino que eran esta misma Iglesia universal presente entre nosotros, de la que el Papa es cabeza y principio visible de unidad.

Nos lo ha recordado la elección del nuevo Sucesor de Pedro; así como también el *Jubileo romano ordinario* que estamos celebrando en el 2025 aniversario del nacimiento del Hijo de Dios en Belén, que dio inicio al «año de gracia», a un tiempo de reconciliación, de bendición, de redención y vida nueva que los apóstoles y sus sucesores han sido enviados a anunciar al mundo entero.

En el primer trimestre del curso terminaremos la celebración de este Jubileo, que ha resonado en nuestra Catedral y en los santuarios de nuestra Diócesis, lugares en que nuestra tradición cristiana lucense es particularmente elocuente; y que nos ha hecho mirar e incluso a muchos ir a Roma durante este año 2025, para celebrar con fieles cristianos de todo el mundo, alrededor del Papa, el don de ser y pertenecer a la Iglesia del Señor.

Como está ya anunciado, **el Jubileo se clausurará en nuestra Catedral el próximo 28 de diciembre**, día dedicado por la liturgia a la Sagrada Familia, a la que celebramos como algo propio de todos nosotros, que hemos sido hecho miembros de esa gran familia que vive inicialmente en la casa de Nazaret, cuya cabeza es Cristo mismo, que preside a la mesa de la Eucaristía, en la que la Virgen María es madre, y a la que sirve el ministerio del Sucesor de Pedro.

2. La fe es vivir en la verdad

Acoger la realidad de la Iglesia, visible en la celebración de la Santísima Eucaristía y como unidad universal en el Sucesor de Pedro, es reconocer con fe la presencia de Cristo en la historia, en nuestro mundo y en nuestras circunstancias.

Este reconocimiento en la fe es el gesto primero de respuesta que damos al Señor Jesús, a su venida a nosotros, como luz que ilumina el misterio de la propia vida, la verdad de la propia persona. Y, por eso, conlleva para todos una prioridad, una preferencia primera teórica y práctica a favor de esta comunión en Cristo que es la Iglesia.

De esta manera, hacemos una opción vital primera: el amor a la verdad, que reconoce esta presencia del Señor, aunque pida sin duda cambio, conversión, seguimiento; que no se deja cegar por intereses, comodidades, distracciones; y que se expresa como una voluntad consciente de ser y vivir como cristiano.

El amor a la verdad, el preferir la verdad en medio de tantas conveniencias, siempre ha sido raíz de la vida moral y principio de novedad, ha cambiado la existencia y la sociedad. Así fue de modo profético en Sócrates y así es de modo definitivo en Jesús, nuestro Señor.

Aunque siempre es un desafío para toda persona, para el fiel cristiano preferir la verdad no aparece ya sólo como tarea ardua o incluso arriesgada, sino también como gesto razonable y libre, como una «carga ligera» (Mt 11, 30), por la gracia de Aquel que ha dicho: «yo soy el camino, la verdad y la vida» (Jn 14,6).

Resulta prioritario defender hoy de nuevo esta opción primera de la persona, sostenida por la gracia de Dios y apoyada en la presencia de la Iglesia, en un tiempo que ha relegado la verdad a lo irrelevante y que dificulta su búsqueda personal, cuando no la paraliza de diferentes maneras. En nuestra sociedad, extremadamente mediada por la tecnología y el control de la información —por el «relato» imperante—, la salvaguardia del amor a la

verdad, de la propia conciencia, es imprescindible para la vida y la dignidad de cada uno, para la convivencia en libertad e incluso para la paz entre los pueblos, hoy tan gravemente amenazada.

Recordemos que, desde su elección, el Papa ha insistido en pedirnos a todos **una oración particular por la paz**. Y que, en las actuales circunstancias, nuestra propia Conferencia episcopal nos ha invitado a ofrecer la Eucaristía por la paz y a no olvidar nunca esta intención en nuestras preces.

En nuestro tiempo es, sin duda, una urgencia pastoral afirmar sencilla pero constantemente, con certeza, la existencia de esta Comunión que nos antecede a todos —y que es la Iglesia—, como un bien inmenso, nacido de un amor pleno, divino y humano, que nos precede y se nos ofrece como un don, que podemos reconocer libremente, si, por gracia de Dios, nuestro corazón quiere, dando la preferencia al amor de la verdad.

Existe hoy **una prioridad de la llamada sencilla a la fe, expresada en la pertenencia a la realidad de nuestra Iglesia**, como forma concreta de preferencia de la verdad, como camino para crecer en conciencia ante sí mismo, ante las cosas y el mundo, ante Dios.

De hecho, así es el anuncio del Evangelio desde el inicio: «Si permanecéis en mi palabra, seréis de verdad discípulos míos; conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres» (Jn 8, 31-32). Insistirá en ello Pablo, para quien «la Iglesia del Dios vivo» es «columna y fundamento de la verdad» (1Tm 3, 15), y «el amor a la verdad» camino de salvación (2Ts 2, 10). Siempre será necesario testimoniarlo con palabras, abiertas al diálogo, y con obras.

Esta apertura a la verdad, querida y potenciada por Dios, es imprescindible para la vida de la conciencia **y su cuidado es una urgencia en nuestro tiempo**; de modo que podamos dar un juicio sobre las cosas con responsabilidad propia, en libertad, sin limitarnos a repetir tópicos y toda clase de propagandas.

Al servicio de esta tarea podemos entender también la invitación constante a vivir de modo sinodal: buscando el discernimiento

en una «conversación» verdadera, hecha en la fe, a través de la acogida de la Palabra de Dios, de la oración, del testimonio, la escucha mutua y el diálogo.

La Iglesia está llamada a ser casa y escuela en que la persona aprenda a abrirse a la verdad, a no poner entre paréntesis la propia fe en los desafíos de la existencia, ni tampoco el ejercicio de la caridad; sino a ser responsable ante sí mismo, y ante los demás, ejerciendo así la propia libertad.

Este es muy concretamente **el aliento de toda nuestra labor educativa**: en familia, en la catequesis, en la educación escolar, etc. No abdicar de esta opción por la verdad, por el bien de la conciencia de los pequeños, es parte de nuestra fe, que conoce la dignidad y la grandeza del destino de cada uno, como hijos amados de Dios. Y es condición para una transmisión real y una educación en la fe.

Pero igualmente, en las celebraciones, en los eventos, en los encuentros, la prioridad de esta opción por la verdad es decisiva. Conviene **vivir los gestos y las acciones procurando que manifiesten siempre todo su sentido**. Amar a las personas y a los fieles encomendados, amar al Señor es cuidar el sentido de las cosas que hacemos, de los signos y los símbolos, de las celebraciones en los diferentes momentos que las articulan y su conjunto. Porque importa mucho la verdad de lo que comunicamos, de lo que celebramos, de los sacramentos y de la Sagrada Liturgia.

Y, por último, conviene recordar que esta preferencia primera implica también que **demos prioridad a aquellos momentos comunes en los que reconocemos y vivimos nuestra pertenencia a la Iglesia**, también como pastores. Los intereses y las urgencias de cada día no deben prevalecer de tal modo que abandonemos los momentos de encuentro que tenemos como «fraternidad presbiteral»: la formación permanente y los retiros, en particular. Seguramente crecerán mucho en riqueza y en interés con la aportación de todos.

3. Implementación del Sínodo

Entre tanto, desde la Santa Sede sigue llegándonos la invitación a privilegiar la dimensión de la sinodalidad¹; es decir, del caminar, discernir y actuar juntos en los diferentes aspectos de la vida cristiana. Y se propone a todas las Diócesis que consideren cuáles serían los ámbitos específicos en que esto es más prioritario, los más relevantes, «en las formas y modalidades que se consideren más oportunas»².

El **acceso a funciones de responsabilidad** que no requieren el sacramento del Orden por parte de fieles no ordenados³ es una realidad que habrá de continuar en nuestra Diócesis, tanto en los ámbitos parroquiales como en la Curia Diocesana.

Procuraremos también seguir dando pasos en el desarrollo de **formas adecuadas de transparencia**⁴; por ejemplo, en el campo de la comunicación, particularmente digital, o en del «cumplimiento normativo».

Hemos de seguir avanzando igualmente en el camino de la «renovación misionera sinodal de las parroquias»⁵, que exige dar prioridad al cuidado y la renovación de nuestras comunidades cristianas; lo que, en nuestras circunstancias, encuentra un desafío particular por las condiciones propias de nuestro mundo rural.

Hemos de continuar **una reordenación pastoral que permita una plena vida eclesial** también en estas zonas de la Diócesis. Se nos pide procurar «la promoción de una participación más viva en la celebración dominical»⁶; así como hacer posible la vivencia, la transmisión y la educación en la fe, junto con un testimonio misionero y caritativo, de un modo cercano a la propia tierra.

1 SECRETARÍA GENERAL DEL SÍNODO, *Pistas para la implementación del Sínodo 2025-2028*, Ciudad del Vaticano 2025

2 *Pistas*, 3.2

3 Cf. *Pistas* 3.2.b; 4.1

4 *Pistas*, 3.2.f

5 *Pistas*, 3.2.j

6 *Pistas*, 4.2.b

Se nos invita explícitamente a acompañar este proceso en estilo sinodal, con «deliberaciones concretas, con miras a la renovación de prácticas y estructuras»⁷, a lo que confiamos poder dar alguna forma concreta en este nuevo curso.

En este mismo sentido, conviene proseguir la tarea ya iniciada por la «Delegación para la educación en la fe» para la **renovación de los itinerarios catequéticos**⁸, a través igualmente de un proceso sinodal de escucha, de diálogo y de participación de los protagonistas de esta acción en la vida diocesana. Será ocasión de verificar también, al mismo tiempo, «los caminos de la iniciación cristiana y, en general, de los itinerarios formativos»⁹ en nuestras comunidades parroquiales y diocesana.

Dar así algunos pasos ayudará a nuestra percepción de ser Pueblo de Dios en esta tierra, en el que todos los miembros comparten la misión de testimoniar con la propia vida, con palabras y obras, la fe en nuestro Señor, el anuncio de su presencia salvadora en medio de nosotros.

Todas las acciones pastorales son, al final, instrumentos para este fin, como ya nos enseñaba desde siempre el Catecismo: para la gloria de Dios, es decir, para que lo reconozcamos, confiemos en Él y le demos gracias; y para la felicidad del hombre, para su salvación.

4. En el horizonte del 900 aniversario de nuestra Catedral

La presencia de la Iglesia en nuestra tierra es simbolizada por nuestra Catedral de Santa María, posiblemente la primera iglesia en nuestra ciudad. Sus orígenes hacen referencia a la tradición apostólica, incluso a Santiago mismo, cuya continuidad se manifiesta hoy en el Sucesor de Pedro, en comunión con el cual seguimos viviendo la fe.

7 *Pistas*, 4.1

8 *Pistas*, 4.2.f

9 *Pistas*, 3.2.k

Nuestra Catedral nos habla también desde el inicio de Santa María, a quien está dedicada; y, por tanto, del hecho, singular y decisivo de la Encarnación del Hijo de Dios, del origen de nuestra historia cristiana, que ha llegado hasta nosotros y ha hecho posible nuestra fe a través de la realidad cercana y amiga de los hermanos, de los fieles, de nuestras comunidades y parroquias. A ello hace referencia también la convocatoria del Jubileo Romano ordinario en 2025, anunciando a todos que esta historia es la de una vida nueva de gracia y bendición, reconciliación y de caridad, de unidad con Dios y con los hermanos.

Nuestra Catedral tiene también la singularidad de su tradición eucarística, a través de la cual, nos dicen nuestros mayores, se ha querido poner ante los ojos de todos en Galicia el signo de la verdadera fe. La Eucaristía nos habla de nuevo de la Persona nacida de María Virgen, de la humanidad verdadera del Hijo de Dios, de su misión y su Evangelio, que alcanza su plenitud en la entrega de su cuerpo y su sangre por amor, por la salvación de todos los hombres.

Y así de nuevo se nos habla de una historia, de una encarnación y un amor acontecido, presente, de Dios mismo que nos viene al encuentro, conduciendo nuestra vida por caminos de gracia y de verdad, descubriéndonos una dignidad impensable, una esperanza que no defrauda y la certeza de un destino bueno.

Por todo ello, podemos ver la celebración en el próximo 2029 de los 900 años de nuestra Catedral actual —que es, en realidad su cuarta reconstrucción— como una invitación a volver la mirada con agradecimiento a nuestra historia, a reconocer y vivir de nuevo de todo corazón la pertenencia a esta gran comunión de la Iglesia, la relación cercana y verdadera con el Señor Jesús, con María nuestra Madre, con toda la gran compañía de hermanos y hermanas, de santos, con la que el Señor nos ha enriquecido y ha hecho posible nuestro camino más personal, nuestra propia fe.

Si Dios quiere, utilizaremos los tres años previos, 2026, 2027 y 2028, para la preparación de este aniversario festivo de 2029;

dedicando cada año a un aspecto propio de nuestra Catedral y de nuestro ser cristianos e Iglesia.

El año 2026 lo dedicaremos a la Santísima Virgen, en su advocación de los Ojos Grandes. El año 2027 subrayaremos el significado de la Eucaristía, tal como se ha querido poner de manifiesto en nuestra Catedral desde antiguo. Mientras que el año 2028 pondremos en el centro el hecho de ser Iglesia, la realidad de vida nueva a la que el edificio sirve y de la que es símbolo.

No es posible proponer aquí una programación detallada de estos años, que se procurará ofrecer con tiempo suficiente. En todo caso, confiamos en que sea posible llevar a cabo en la Catedral este triduo de preparación para el 2029. El objetivo, sin embargo, es que la Diócesis entera pueda hacer propio y participar de lo propuesto para cada año, en los gestos y los modos más apropiados.

En este curso, durante el 2026, el año de preparación estará dedicado a Santa María de Lugo, la Virgen de los Ojos Grandes. Antes de nada, quisiera encomendar a Ella esta planificación de tres años, que solo podremos llevar a cabo de modo fructuoso con la gracia de Dios.

Que Santa María nos alcance vivir de corazón la fe en su Hijo, reconocerlo presente en nuestra historia; ya que se encarnó en su seno y nació en Belén, entregó por y para nosotros su Cuerpo y su Espíritu, para darnos participación en su vida, en su amor y en su destino de gloria.

Volver la mirada a nuestra Catedral será así ocasión de confirmar el realismo de nuestra fe; y una invitación a guardar siempre ante los ojos a María, a Cristo presente en la Eucaristía, el misterio de comunión y fraternidad que nos es dado vivir.

+ Alfonso, obispo de Lugo